

225. La fidelidad a Dios

En un mundo como el nuestro, que en grandes sectores está abandonando a Dios —y hasta renegando de Él descaradamente—, va bien recordar el ejemplo de quienes nos han precedido en la fidelidad a Dios.

Y hoy traigo un ejemplo luminoso, precisamente de un negro en los Estados Unidos, aunque no habremos de juzgar lo del día de hoy por lo que ocurría en el día de ayer... Pasó en una hacienda de Kentucky, en los tiempos de la esclavitud. El dueño, llamado Massa, tenía un criado de nombre Bob. Massa estaba orgulloso de Bob por la fidelidad que mostraba a su dueño y la piedad para con Dios. Un día llegan invitados a la hacienda, y en mala hora alabó Massa las grandes cualidades de Bob, el esclavo negro.

Uno de los invitados, furibundo esclavista, lanza el guante al dueño:

- *Massa, te echo una apuesta: ¿a que yo hago renegar de Cristo a ese tu esclavo? ¿Cuánto te juegas? Me basta media hora para conseguirlo.*

Massa cede cobarde y no quiere ni desairar al huésped ni perder la apuesta. Llaman al esclavo negro, y le ordenan sin más:

- *Negro, o reniegas de Cristo, o te matamos a palos.*

El pobre criado tiembla, y pide suplicante a su amo: -*Massa, no; Massa no obrar bien. Cristo muerto por Bob. Te suplico, Massa.*

Primera lluvia de azotes sobre las espaldas del negro, que suplica con lágrimas: -*No, Massa. No, basta.*

Nueva invitación: -*Negro, ¿cedes o no?...*

Otra negativa, y una segunda descarga de azotes despiadados. Sale la sangre a borbotones. La víctima no respira casi. Apenas se le oye decir, ya en agonía: -*Massa, Bob no poder; Jesucristo morir por mí, yo morir por él.*

El huésped, furioso, pierde la apuesta, y el dueño se muere de vergüenza. Al morir por su fe, Bob, el negro esclavo de alma muy blanca, había dado una lección soberana a aquellos blancos, libres pero de alma muy negra... (Docete 554,8,1)

Un caso como éste nos dice lo que es la fidelidad a Dios, llevada hasta el fin. Esa fidelidad, de la que hacemos gala todos, y que a veces puede exigir sacrificios muy grandes.

La fidelidad del hombre a Dios comienza por la fidelidad de Dios al hombre. Dios que nos conoce, se ha fiado de nosotros, nos ha confiado sus bienes, su gracia, sus promesas. Porque nos conoce, nos señala el puesto en que cada uno va a desarrollar mejor sus cualidades, en el que mejor se va a realizar dentro de la vida. Porque nos conoce, Dios nos da y espera.

Hay en el Evangelio una parábola que podríamos llamar la *estampa de la fidelidad*. El dueño de la casa se marcha de viaje, y, en vez de meter el dinero en el banco, prefiere tenerlo en activo y confía su capital a los criados, a cada uno según sus cualidades.:

- *Toma; tú, un millón... Tú, quinientos mil... Tú, cien mil... Negocien los tres.*

Al regreso, el dueño cuenta con éxitos y fracasos. -*Señor, toma dos millones... Señor, aquí tienes un millón. He duplicado tu capital... Señor, toma tus cien mil. Me dio miedo y los escondí...*

Y vino la respuesta justa: -*¡Magnífico tú!... ¡Muy bien por ti!... Entrad en el banquete de fiesta que os tengo preparado... Y tú, siervo inútil, ¡a la cárcel! No mereces otro sitio* (Mateo 25,13; Lucas 19, 12)

Esto es lo que ha hecho Dios en la distribución de sus bienes dentro de la sociedad y de la Iglesia. . A cada uno le ha señalado el puesto, le ha dado el capital. Y le ha dicho:

- Tú, cástate. ¡Qué buen esposo y padre..., qué buena esposa y madre que vas a ser!...
- Tú, al revés, resérvate de una manera entera para mí Reino...
- Tú, serás un magistrado de primera, un político que va a hacer una gran bien a la patria...
- Tú, cultivarás la tierra de tal modo que tus campos recordarán a todos el paraíso...
- Tú, ingeniero, industrial, obrero capacitado, me vas a ayudar a mejorar notablemente la creación...
- Tú, maestra, secretaria, enfermera, serás un regalo para todos...
- Tú, enfermo, enferma, desde la cruz, acompañando al del Calvario, vas a hacer por el mundo lo que nadie se puede imaginar...

No fantaseemos cuando hablamos así. Porque así ha pensado y ha actuado Dios al confiarnos sus dones. Y Dios se queda esperando la respuesta, indicada por Jesucristo de una manera magistral en esa parábola del capital entregado a los criados.

¿Volvemos al magnífico negro de los azotes? ¿Por qué el querido esclavo de la finca fue capaz de soportar semejante atrocidad, hasta llegar a la donación suprema? Pues, muy sencillo. Porque cada día era fiel a su dueño, y más que a su dueño de la finca, que se portó al final tan estúpidamente, a su Señor Jesucristo, el cual le daría —lo suponemos y lo sabemos— una recompensa inimaginablemente grande...

La fidelidad a Dios se manifiesta en la explotación intensa de lo que ha depositado en nuestras manos.

Para Dios, la simple pereza, el miedo tonto, el no hacer nada, ya son un crimen, porque indican un desprecio a aquel Dios y a aquel Jesucristo que se desbordan en generosidad con nosotros.

Y al revés, el trabajo esforzado nuestro en el cumplimiento del deber, le llena de satisfacción a Dios, pues —hablando a nuestra manera— le hacemos decir con orgullo divino: *-¡No me equivoqué con éste!... Y ésta, ¡qué bien que me ha respondido!... Fieles ellos, ahora me toca mí llevar mi fidelidad hasta el fin, haciéndoles ver que soy fiel a mi promesa: ¡Aquí, conmigo! ¡Qué bien que la van a pasar los que se han ganado el premio prometido!...*